



EJERCICIOS

ESPIRITUALES

—No, hija; á mí no hay quien me lo haga creer. Concédame que yo, como vieja que soy, he visto y aprendido muchas, muchísimas cosas; pero nunca me atrevería á decir... tal vez no supiera decir de nosotras que somos ociosas y frívolas... y que por ahí... por ahí se nos meten los mil demonios en cuya compañía andamos de la mañana á la noche...

—Pues si resulta hombre... cuidado que tiene frescura...

—¿Qué duda cabe? Pero, como hombre que es, exagera, ó mejor dicho, no enfoca el lente de la observación de tal manera que la imagen reproduzca la verdad. Lo cual pasará toda la vida, como no puede ser menos...

—¡Mire usted qué aquello del beso de Judas es brutal!

—¡Al contrario... eso es acertado, niña... acertadísimo... Pero no veo hazña en descubrir al beso, como al abrazo y como á las lágrimas, caracteres empecatados, porque eso es lo exterior y plástico, diré así. En puridad, semejante observación está al alcance de la mujer, ó interpretar la es sumamente fácil. Ya sabe usted que Judas ha sido y seguirá siendo la cabeza de turco de estas expansiones femeninas... y hasta masculinas. Lo que no creo sea apreciación de ella es lo demás; lo de que la hipocresía y el fingimiento sean privativos de las clases altas (en apariencia, digo yo) exclusivamente...

—Claro, porque en las bajas se cultiva con menos escrúpulos.

—¡Se equivoca, hijita, se equivoca! Hay que tener en cuenta una cosa: el progreso de la cultura, el comercio social, el intercambio educativo, se practica, naturalmente, más entre nosotras que entre la muchedumbre de mediana ó ínfima extracción. Pues bien, es aquello, por sus componentes y exigencias, lo que desarrolla la necesidad de dar formas aparentiales á las mil contingencias de la comunión social. Examine usted la vida de las llamadas clases superiores y compárela con la otra; ni los mismos recursos, ni los mismos medios, ni las mismas modalidades, claro está. Pero es que en las inferiores casi no se conoce esa necesidad de mentir. La relativa sencillez de sus costumbres, unida á lo escaso de su educa-

ción, les impide hacer uso de la patraña y del subterfugio. Cuando mucho, se evitan; y si llegan á descubrir inconveniencias, se denueñan y san se acabó.

La tolerancia es una de las formas más exquisitas, pero de paso más difíciles de emplear, de la civilización. Y si es virtud engendrada por la buena crianza, ¿dónde buscarse sino aquí, entre nosotras? Y ya se sabe, extendiendo el alcance de la palabra, lo que ella significa. En general, la naturaleza humana permanece refractaria á ciertas enseñanzas de la vida y su escuela. Simular que nos resignamos á contrariar los impulsos de la bestia que llevamos en el fondo de nuestro ser, es una de las mayores conquistas del espíritu

de hogaño; pero en esa simulación está precisamente contenida toda la maldad y todo el *bigotisme* de que hacemos uso en nuestras relaciones sociales.

—Entonces ¿tiene razón la señora de quien son las páginas antedichas?

—Señor, no señora; dígalo usted sin reparo. En cuanto á que tenga razón, sí la tiene en parte, como no podía menos de suceder. Además, para formular apreciaciones acerca del carácter que reviste la vida de la mujer actualmente y siempre, no se necesita ser zahorí. En puridad, acaso sea la mujer quien menos anfractuosidades psíquicas ofrezca para llegar al análisis exacto de sus particularidades. Un poco más difícil es meterse en el alma del hombre.

—¡Cállese, señora... son unos canallas!

—¡Eh... no se exalte usted, hija mía... Considere que, en finiquito, á él le debemos la existencia que llevamos.

—Y que es mala, según dice, ó como usted sostiene que dice.

—Es mala, no porque él tenga la culpa, ni porque la tengamos nosotras. El tejido social; he ahí la causa. Este es un tema con muchas campanillas, en el cual no voy á meterme ni de rondón. ¡Qué oportunidad es esta para que una mujer de la *haute*—como se dice tontamente— analice y diga cuánto se miente, sí, pero también cuánto se yerra á consecuencia de la necesidad de vivir esa vida ficticia, superficial y frívola, tan llevada y traída por los moralistas agrios y displicentes que han salido del seno de esa misma sociedad, obra de ellos!

Pero, noto que me he salido del programa y es preciso terminar... Insistiré, á manera de postdata, en que no hay malger menos capaz de descubrir todo lo faljoso del mundo que nos rodea, que aquella para quien sus placeres, sus chifladuras, sus vanidades, están en él, puesto que de él se nutre y para él vive... ¡Desde afuera dice?... No, hijita... desde afuera no hay ingenio bastante agudo para penetrarlo.

—Se acerca la hora de la misa.
—Sí, vamos... Es conveniente ponerse bien con Dios... por lo que pueda suceder.

PATER.